Vi

Ingrid Barreto

Capítulo 1

Sin necesidad de mencionarme como una persona externa, metaforizando un él o un ella, en este breve pensamiento y lo que me confiere netamente como ser llamado humano.

En estas líneas he decidido transmitir mis pensamientos, pensamientos que han estado divagando hace algún tiempo, y que un intento de soltarlo, decidí explayarlo en unas hojas, podría decirse un impulso o más que nada una necesidad, que, es más, podría haber ignorado, pero no, pretendo hacer algo diferente comenzando por mí, y claramente después para los demás.

Me he dado la oportunidad de mirar mi entorno, en donde en un breve lapso en el que decidí levantar la mirada, lo comprendí.

Y es que opté por ver a través de la inmensidad, y hablo de observar no como un simple espectador inmerso en una rutina continua y cíclica, si no de observar donde muchos son los dormidos que actúan en base a movimientos y ritmos continuos, costumbres y olvido.

Como cuando de forma inconsciente escuchamos el tic tac del reloj, al que por el continuo pasar de sus agujas, le hacemos caso omiso... a menos que en un momento de silencio y soledad, le demos cierta importancia y nos percatemos que siempre se escuchó y que de forma incesante e inconsciente nos advierte constantemente el correr del minutero, la transcendencia y sutil ironía de lo que conocemos como ¨ tiempo¨, que mientras escribo, se va.

Entonces en medio de todo y en medio de nada.

Vi a tres amigos que mientras caminaban, hablaban y reían.

Vi a una pareja de ancianos dando un paseo en bicicleta mientras sonreían.

Vi como un perro sin dueño se me acercaba tímidamente pidiendo una caricia.

Vi a un hombre cansado, trotando con esmero.

Vi como una niña pequeña me regalaba una sonrisa.

Vi el perpetuo pasar de las personas, armonizándose en un instante.

Y entonces, mientras mi realidad se hacía efímera y eterna.

Vi y sentí el resplandor de los rayos del sol ocultándose a las 18:42 del 6 de febrero, en medio de un incandescente atardecer de verano, que me envolvió y sedujo de tal forma, que no solo erizo cada parte de mi piel, si no que, del alma, entonces sentí como en mi emanaba una comprensión, una epifanía a la vida, lo ajeno que en ese instante se hizo mío...